

La Propaganda Católica

Semanario Literario, Científico y Artístico.

Año I.

Domingo 13 de Marzo de 1892.

Núm. 10.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

APÓSTOLES 11, BAJO.

Toda la correspondencia se dirigirá á el administrador del periódico don Ramón Blanco Rojo.

La Propaganda Católica

SAN IGNACIO DE LOYOLA.

De la obra que está publicando nuestro particular amigo el conocido literato D. Valentín Picatoste, con el título de «Descripción é historia política, eclesiástica y monumental de España», tomamos los siguientes párrafos del capítulo en que trata de la provincia de Guipúzcoa, y en particular del insigne adalid del catolicismo, el glorioso San Ignacio de Loyola, y del famoso santuario de este nombre. Dadas las ideas de su autor, este tributo á la verdad y á la justicia le honran sobremanera:

«San Ignacio nació en 1491, en la casa solar de Loyola, en la jurisdicción de Azepeitia; se crió en la villa de Arévalo, y como hijo de una familia de las más nobles y antiguas del reino, le llamó la atención la brillante corte del rey católico D. Fernando, á quien sirvió de paje; como soldado se distinguió en la toma de Nájera y en el sitio de Pamplona, en 1521, donde fué herido y cayó prisionero de los franceses. Durante su convalecencia dedicóse á lecturas piadosas que trasformaron su vocación, y después se fué á visitar el monasterio de Monserrat, ilustre abadía de monjes dominicos, edificada en una escarpada sierra próxima á Barcelona. Allí verificó su conversión el héroe defensor de Pamplona, y después de colgar la espada en un pilar de la iglesia de Monserrat, para demostrar que abandonaba la milicia del siglo, se dirigió á la ciudad de Manresa. Ya no era aquel orgulloso guerrero de vistosos trajes y ricos atavíos; no era el soldado que se dirigía al enemigo con paso firme y ánimo resuelto; ahora llevaba el humilde traje de peregrino, iba á hacer penitencia de su juventud y á prepararse para mayores empresas.

Viajó por Italia y visitó los santos lugares de Jerusalén; volvió á España en 1523; estudió en Barcelona, Alcalá, Salamanca y París, y resuelto á fundar una nueva orden religiosa, se asoció con algunos piadosos y santos compañeros, entre los cuales figuraba San

Francisco Javier, y con algunos discípulos pasó á Venecia; allí celebró su primera Misa y empezó la predicación. Poco tiempo después puso á la aprobación del Papa la célebre «Constitución de la Compañía de Jesús», y en menos de veinte años esta nueva institución religiosa estaba completamente arraigada, y no tardó en dar la vuelta al mundo. San Ignacio, además de la «Constitución de la Compañía de Jesús», escribió y publicó los «Ejercicios Espirituales» y «Las Constituciones». Murió en Roma el 31 de Julio de 1556, fué beatificado por Paulo V en 1609, y canonizado por Gregorio XV en 1622. Su pueblo natal le escogió como patrono aun antes de la canonización, y actualmente es patrono de Guipúzcoa y Vizcaya, y compatrono con San Prudencio en Álava.

En medio de un delicioso valle fertilizado por el río Urola, se alza arrogante el más suntuoso templo de la provincia, el Santuario de Loyola. Visto desde lejos produce un efecto maravilloso, porque no se percibe el barroquismo de la fábrica ni lo vicioso de su ornamentación; así se comprende que se le haya llamado «maravilla de Guipúzcoa», título que justifica la escasez de templos monumentales, tan frecuentes en Castilla. Fundó este edificio la reina D.^a María de Austria, viuda de Felipe IV, y consiguió de su hijo Carlos II que le concediese las mismas preeminencias, prerrogativas, gracias y exenciones que gozaban el monasterio del Escorial y los conventos de las Descalzas y de la Encarnación de Madrid.

El arquitecto Carlos Fontana trazó los planos sobre un rectángulo con dos resaltes, semejando un águila en actitud de levantar el vuelo; su cuerpo es la iglesia, el pico la portada, las alas *Su Casa anta* y el colegio, y la cola *fivarias ocinas*.

Una espaciosa escalinata de tres ramales, adornada con leones y remates caprichosos, conduce á una meseta donde la fachada despliega su magnificencia; columnas pareadas flanquean tres arcos de medio punto y sostienen un cornisamento de profusa labor, que se interrumpe sobre el arco central para dejar paso á un ático peraltado, donde campean las armas de los monarcas protectores.

Delante de la iglesia se extiende el pórtico semicircular y de ricos mármoles, adornado de cuatro estatuas que representan otros tantos insignes jesuitas.

En el interior de la iglesia domina la frialdad propia de las construcciones de aquel tiempo, pero llaman la atención las enormes columnas que sostienen la gigantesca cúpula, iluminada por ocho ventanas rectangulares y rematada por la obligada linterna en este género de fabricaciones.

Sin duda alguna lo más notable del edificio es la *Casa Santa*, ó sea la que habitó San Ignacio; era una de las casas fuertes de la provincia que hizo desmantelar Enrique IV. Se compone la fachada de tres cuerpos separados por artísticas franjas horizontales y flanqueados los dos últimos por altos machones á manera de cubos circulares. Una puerta ojival dá entrada al edificio, y sobre ella se vé la siguiente inscripción:

CASA SOLAR DE LOYOLA
AQUÍ NACIÓ SAN IGNACIO EN 1491,
AQUÍ, VISITADO POR SAN PEDRO
Y LA SANTÍSIMA VIRGEN,
SE ENTREGÓ Á DIOS EN 1521.

En el último piso se muestra al viajero el dormitorio donde dicen que murió el Santo, y una pieza contigua que se ha convertido en oratorio, donde la piedad marcha en desacuerdo con el buen gusto. En realidad el Santuario de Loyola, más que por la asombrosa riqueza de sus materiales, por la solidez del edificio y por la inmensa variedad de mármoles y jaspes, casi todos de la provincia, desparramados en pavimentos y retablos, cautiva el ánimo del viajero por los recuerdos que contiene del valeroso soldado fundador de la Compañía de Jesús, y por las memorias de aquel espíritu fuerte, defensor intrépido del principio de autoridad en la Iglesia, al mismo tiempo que la herejía protestante se extendía por Europa y amenazaba concluir con la pureza de la fé, negando la obediencia á la cabeza visible de Jesucristo en la tierra.

